

El viaje de la vida

José Luis Barros Justo

Las autopistas no son un buen lugar para llorar, así que me detuve en el área de servicio que primero encontré. Aparqué a pocos metros de la salida, lejos de la tienda-restaurante y de los surtidores de gasolina. Desde esa posición podía ver los coches que circulaban por la autopista, veloces, hacia el sur, ¿Por qué tanta prisa? ¿Para llegar a dónde? - me pregunté.

Es mediodía y hace bastante calor, el sol cae a plomo sobre el techo del coche, no hay árboles ni uralitas que den sombra en este aparcamiento, no es un lugar recomendable para quedarte mucho tiempo. Hace poco más de media hora que dejé a mi hijo en la universidad y voy de regreso a casa. Alberto va a comenzar Informática la próxima semana, y vivirá en un piso compartido, de lunes a viernes. Le he ayudado con la maleta, los libros, el ordenador, la ropa y veinte cosas más que su madre insistió en que le harían falta.

Una vez instalado nos hemos despedido en la cafetería del bajo.

-Bueno, cuídate, cualquier cosa nos llamas. Y estudia mucho, ya sabes lo que nos cuesta que puedas estar aquí, aprovéchalo, ¿de acuerdo? – le aconsejé.

-Si papá, no te preocupes, ya, vale –dijo, un poco sonrojado, pero serio.

Era de pocas palabras –como su padre.

Intenté dejarle un poco más de dinero, pero lo rechazó diciendo que le llegaba el que tenía. Subí al coche, encendí el motor y me despedí con la mano.

Tan pronto como entré en la soledad de la autopista el recuerdo vino a mí con claridad. Siempre había estado ahí, agazapado como un tigre, tan solo se manifestaba en los viajes largos, cuando conducía solo, sin más compañía que la radio y mis pensamientos. La primera podía apagarse.

Esta vez fue más fuerte que las demás. La similitud era tan grande: la edad, la ocasión, la maleta. Debía parar, no tenía más remedio. Era una sensación apremiante y dolorosa en la garganta, me costó llegar al área de servicio, no pude lograrlo con los ojos secos.

Mi padre murió hace años, su recuerdo no. Pocas veces lo vi llorar. No le habían enseñado a manifestar sus sentimientos -a mí tampoco.

Ahora, como adulto, se revela en mis propias carnes la forma en que mi padre intentaba demostrarme su amor. Siempre se preocupaba por mí, se esforzaba, me llevaba y traía. Yo sabía que podía contar él, que nunca me fallaría, que siempre estaría ahí para lo que fuese. Y estuvo, siempre, hasta los últimos días, cuando el cáncer y la morfina ya no le permitieron más esfuerzos.

Yo, como él, no soy de muchas caricias. Quiero a mi manera, de piel para adentro.

Al terminar el bachillerato, con diecisiete años recién estrenados, me matriculé en la universidad, a ciento cincuenta kilómetros de casa. El día de la matrícula me llevaron mis padres, en coche, hasta la facultad. Era martes. La amable funcionaria de Secretaría me devolvió los papeles, sellados y firmados, y con toda la naturalidad -en un acto repetido cien veces- dijo:

-Mañana comienza el curso propedéutico, a las ocho de la mañana, con la presentación en el aula magna, traiga una libreta. ¡Siguiente!

Los tres nos quedamos de piedra, suponíamos que las clases empezarían dentro de dos meses, ¡no al día siguiente!

Desde aquel día maldigo siempre mi escaso conocimiento del griego y del significado del término propedéutico. También les tengo, desde entonces, cierta manía a los funcionarios estirados y bordes, que no saben explicar bien las cosas. Si tan solo me hubiese dicho que la asistencia a aquel curso no era obligatoria...

Pero, en fin, ante la sorprendente situación nos pusimos de inmediato a buscar un lugar en el que poder quedarme. Mi padre comenzó a preguntar por aquí y por allá hasta que le dieron la dirección de una casa que alquilaba habitaciones, muy cerca del campus. Habló con la dueña, le pagó la semana por adelantado y nos fuimos a comer a un Burger King. Yo me quedé en la ciudad para ir familiarizándome con los alrededores: la parada del autobús, la distancia a la facultad, la farmacia y el supermercado más cercano, etc. Mis padres regresaron a casa para prepararme una maleta. Volvieron a traerme todo lo necesario, hicieron cuatro viajes en un solo día, ¡seiscientos kilómetros!, eso es amor.

Todos los domingos mi madre preparaba mi maleta. Después de comer y descansar un rato, mi padre me llevaba hasta la estación de autobuses, y allí me dejaba, sobre las cuatro de la tarde. Pero, en algunas ocasiones, por una u otra razón, esa rutina se rompía y decidía llevarme en coche. Luego tenía que regresar solo.

Para coger la autopista había que atravesar media ciudad, pero un domingo por la tarde eso no era un problema. Una vez pasado el peaje hay que subir las ventanillas, a ciento veinte -o más- la velocidad del aire que entra por la ventana no es agradable, prefieres aguantar el calor y el sol que te da de frente. Te entretienes con el paisaje, con los espejismos del sol sobre el asfalto, con alguna cinta de música en el radiocasete, y un poco –muy poco-, con alguna conversación corta:

- ¿Tienes exámenes esta semana? –preguntaba, sin apartar la vista de la carretera.

-No, empezarán a final de mes. Por ahora solo hay trabajos.

-Bueno, tú no te despistes, no vayas a dejarlo todo para el último momento –insistía.

- No, no, claro. Ya estoy repasando por las tardes – era un pecado venial.

Entonces, empujaba el mechero y sacaba el paquete de cigarrillos que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa. Me ofrecía. Yo sacaba dos, uno para él, otro para mí. Cuando el mechero saltaba, encendía primero el suyo y se lo pasaba. Había que bajar un poco el cristal para que saliera el humo. Era un momento sin palabras, cinco minutos de silencio, yo pensando en lo mío, él posiblemente pensando en mí. Dos hombres, padre e hijo, en el viaje de la vida, cada uno por su carril, a su propia velocidad, con la ventana casi cerrada.

Al llegar, la rutina era sencilla: aparcar frente a la casa, bajar la maleta y dejarla en la habitación, cerrar con llave y volver al coche. Entonces nos íbamos a un centro comercial cercano, al borde de la avenida que luego tendría que recorrer mi padre para volver a la autopista y regresar a casa.

- ¿Café? ¿O prefieres un refresco? –preguntaba.

-Café con leche, templado –era la respuesta más frecuente.

Nos sentábamos ante una mesa de plástico, con bancos del mismo material y de un color amarillo chillón. Él traía la bandeja con la consumición –dos cafés, uno solo y bien cargado. La tomábamos en silencio, viendo los coches que pasaban por la avenida, haciendo algún comentario banal.

-Bueno hijo, va siendo hora de irme, hay que llegar a tiempo para la cena, ya conoces a tu madre –esbozaba una sonrisa, pero yo notaba su tristeza en la mirada lánguida.

-Sí, vale –le contestaba, mientras aplastaba el vaso de plástico del café. ¡Buen viaje!

-Gracias, al menos ahora no nos va a cegar el sol. Metía la mano en el bolsillo y me ofrecía algún billete. Yo siempre lo rechazaba:

-No, no, ya me llega, no te preocupes – sabía lo que le costaba ganarlo.

-Bueno, cuídate. Nos vemos el viernes. Venga, adiós – y se montaba en el coche, ponía en marcha el motor, saludaba con la mano izquierda y se iba.

Nunca hasta ahora me preocupé por su viaje de vuelta: ¿Qué pensamientos le acompañarían durante esas dos horas? ¿Qué música oiría? ¿En qué paisajes se fijaría? ¿Se sentiría triste?

Ahora estoy casi seguro de conocer las respuestas. Tan solo me ha costado treinta años. La vida me ha devuelto la partida, con distintos jugadores, pero en el mismo tablero.

Mi hijo se ha quedado solo: ¿En qué pensará? ¿Habrá notado mi cariño?; ¿Habrá notado que un pedazo de mi corazón se quedaba con él?, creo que no, yo tampoco lo noté años atrás. Me hubiese gustado tanto decirle que lo quiero, que me preocupo por él, que voy a extrañarlo estos días que no está en casa.

Menos mal que me acordé de poner pañuelos desechables en la guantera.

Enciendo el coche y pulso el botón de la radio, la música distrae, no quiero que me atrape de nuevo la tristeza. Salgo a la autopista, acelero y pongo el intermitente para incorporarme al carril, pero:

- ¿Qué hace ese estúpido del camión? Se me va a venir encima...

Así, comienza de nuevo el viaje de la vida.